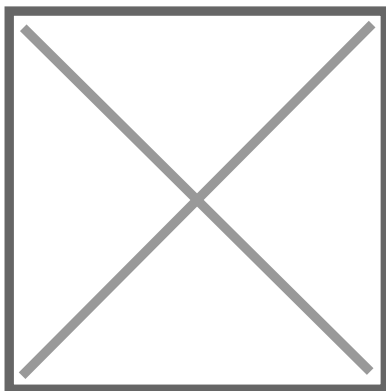




“Todas Ibamos a Ser Reinas”

Por IGNACIO VALENTE

696078

Con el título de este popularísimo verso de Gabriela Mistral, Ed. Quimanti publica en edición masiva una nueva selección de su poesía. Por el carácter manuable de la obra y por la antigüedad de las anteriores antologías de la autora, esta apretada selección de centenar y medio de páginas viene a llenar oportunamente un vacío que no se avenía con el culto—a veces demasiado noticioso—que se rinde a la poetisa en Chile.

Releyendo sus más conocidos poemas, se asombra uno de esa merela desconcertante de lo tierno y lo áspero, de lo delicado y lo agónico, que se entrelazan a lo largo de toda su obra. Mezcla sin la cual no hay verdadera ternura, ni verdadera tragedia. Una suavidad infantil y temeraria, presente en sus temas y actitudes bajo la forma de la compasión, el afecto, el sentido de lo pequeño y desamparado, se entreteje sin cesar con esa otra urdimbre de lo duro, trágico, imprecatorio, desgarrado, que se manifiesta en su sentimiento de la vida y en su propia sintaxis y versificación, llenas de nudos y aristas y crispaciones, que ella explica así: “Salí de un laberinto de cerros, y algo de ese nudo sin desatadura posible queda en lo que hago, sea verso o sea prosa”.

Le he rogado al almid de trigo
guarde la harina si agriura,
y a los vinos que, cuando beba,
no me le hagan sollamadura.
Y vino y trigo que me oían
se movieron como quien jura...

Esa dulce aspereza es, por lo demás, de raíz hispánica. Ninguno de nuestros poetas mayores (avercinados más bien en lo francés e inglés) puede compararsele en esa pureza de lo castizo castellano, que implica no sólo unos modos de decir—rotundos y enfáticos—, sino, dentro de ellos, todo un sentido—ascético a la vez que pasional—de la vida, del amor, de la muerte:

Amor iba en el viento como abeja de fuego,
y en las aguas ardía.
Me socorrió la boca, me acuburó la izorra
y me aventó los días.

Gabriela Mistral tuvo poco que ver con las vanguardias europeas de los años veinte: alzó una voz solitaria, ajena a las escuelas, casi intemporal, arraigada en la Biblia (más en el Viejo Testamento, que en el Nuevo) y en la tradición española. Por eso, siendo tan americana y tan chilena, su acento fue extraño y único en el ámbito de nuestra poesía. Mientras sus contemporáneos querían decir más de lo que decía, aprovechando ese excedente de significado que se oculta en la ambigüedad y oscuridad de las combinaciones verbales inéditas, ella dijo lo que decía, con esa fuerza de lo palmario y directo, que hace chocar las palabras como pternales y yescas, ascéticamente:

Ahora, Cristo, hágame los párpados,
pon en la boca escarcha,
que están de sobre ya todas las horas
y fueron dichos todos las palabras.

Sin embargo, también hay retórica y relleno en Gabriela Mistral: también se encuentran en su poesía esos espacios aparentes donde el verso se bichu a la realidad. No se trata, en su caso, de los ilusionismos de la vanguardia, pero sí del propio exceso formal del casticismo, que a veces sueña a rebuscando; de ciertas figuras gongorinas que le quedan huecas, de la ingenuidad de ciertas anécdotas y giros más banales que candorosos, como ocurre en una parte de su poesía infantil; en muchos poemas geográficos, en una buena porción de su poesía narrativa y anecdótica: “Contaré una

historia en mayólica / rojo púrpura y rojo encarnada, / en mayólica mia, la historia / de Madre Granada”.

En tales casos, se nota más la dureza de su verso. Cuando esa dureza de sonido no está traspasada por un aliento tierno o trágico que le da ritmo y aún le da carácter expresivo (como ocurre en todos sus grandes poemas), entonces el verso se le eriza de asperezas y se le pone “bárbaro”, como ella misma sugiere: sobre todo los versos de nueve y de diez sílabas, que le salen difíciles de leer y de cantar, sinuosos y poco transitables para el significado.

La gran poesía de Gabriela Mistral, su ciclo de arte mayor, comprende esos dolorosos poemas de amor, de amor frustrado, de celos, de maternidad, de muerte, poemas que se agrupan en su mayoría dentro de la parte II de las cinco de esta selección. Comienzan con los extraordinarios “Sonetos de la muerte”, prodigio de la intuición y del idioma, atravesados desde la primera línea por el sobrio encantamiento del lenguaje, que a su vez responde entero, en todos sus acentos y matices, en su misma respiración interior, a la energía y gravedad del sentimiento; un sentimiento de tremenda fuerza que habla, por sí solo, el más puro lenguaje de la muerte:

Me plejaré cantando mis venganzas hermosas,
porque a ese hondur recóndito la mano de ninguna
hajará a disiparme tu puñado de huesos!

A renglón seguido, “El ruego” es un poema escalofriante, igual que “Interrogaciones”, donde el suicidio del hombre amado es entrevisto, en el largo y suave aliento del verso alexandrino, con una mezcla de clarividencia terrible y de una piedad amante que no vacila en coleccionar a la misma Divinidad. Así avanza su intuición hasta alcanzar esa cumbre casi absoluta de la poesía, que es el poema “Dios lo quiere”, donde el sentimiento—la pasión volcánica del amor celoso—se hacen universal, arquetípico, por encima de todo tiempo y lugar, mientras que el lenguaje se limpia de todo “recurso”, de todo resabio de literatura, para hacerse omnipotente en su sencillez y rotundidad:

Beso que tu boca entregue
a mis oídos alcanza,
porque las grutas profundas
me desvelven tus palabras.
El polvo de los senderos
guarda el olor de tus plantas,
y oteándolas como un ciervo
te sigo por las montañas...
a la que tú amas, las nubes
la pintas sobre mi casa.
Ve cual ladrón a besarla
de la tierra en las entrañas,
que cuando el rostro le alces,
hallas mi cara con lágrimas.

Gabriela Mistral escribió, a propósito de otros poetas, célebres palabras sobre lo trágico, tan ausente de nuestra literatura por los melindres y tibiezas del alma nacional. Estas palabras se aplican en primerísimo lugar a su propia obra, marcada por el signo de la tragedia en todos sus momentos cumbres. Su sentido del amor, de la maternidad, de la tierra, del lenguaje, de la muerte, lo dice a los claros. Su experiencia de la agonía y del fracaso, engrandecida por un aliento bíblico que viene del libro de Job y el de Jeremías, y atravesada por un ascetismo de raíz hispánica, se ha aclimatado en su poesía como si fuera un producto de nuestra tierra, arraigado al habla chilena unas durezas y nudos que le son extraños, y en ellas, unos vulgares y revelaciones que no se han dado con veces en nuestra poesía.

El Mercurio, Stgo., 26-XII-1977, p. 3

"Todas íbamos a ser reinas" [artículo] Ignacio Valente.

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Todas íbamos a ser reinas" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile